

con sus adversarios, pero con poco fruto hasta que tomando el negocio por su cuenta un piadoso, docto y travieso religioso llamado el padre Tolosa, le puso en estado algo satisfactorio. Una mañanita, al rayar el alba, sonó una campanita en Aurrecoechea, como llamando á misa. Los deustuanos empezaron á hacerse cruces al oirla, y subiendo á Aurrecoechea á ver qué era aquello, se encontraron con que el padre Tolosa de la noche para la mañana habia arreglado en la casa una capilla con su campana y todo, y él y otros cuatro capuchinos se habian instalado allí en forma de comunidad. Como dicen que al que madruga Dios le ayuda, Dios ayudó al padre Tolosa que habia madrugado, y ya no hubo Dios que sacase de allí ni á él ni á sus compañeros, que fueron multiplicándose y convirtiendo la casería en un verdadero convento, con hermosa iglesia, á cuya torre era delicia subir por las encantadoras vistas que tenía. La comunidad siguió prosperando, contribuyendo no poco á ello las limosnas que le dejaban los bilbaínos, que como en romería perpétua iban á Capuchinos á almorzar ó merendar unas tortillas, para cuya preparacion Dios habia dado gracia especial al cocinero del convento. Una de las buenas obras que los capuchinos emprendieron y llevaron felizmente á cabo fué una gran escalinata para subir desde San Pedro á Aurrecoechea, escalinata que amenizaban en cada *torno* cómodos asientos entoldados de fresco y aromático follaje, á cuya sombra siempre se encontraba en el buen tiempo á los padres capuchinos leyendo, rezando ó conversando, honestamente por supuesto, con los devotos ó devotas

que iban á visitarlos. La piadosa peregrinacion era tal, que los frailes de San Mamés, que tenían su convento frente de Aurrecoechea, al otro lado del Ibaizabal, á pesar de su mucha santidad, más de una vez fueron vencidos por el enemigo malo, que se desvivía por introducir en su alma la envidia, y exclamaron mirando airadamente hácia San Pedro de Deusto: — «¡Jesus, qué diablo de escalera! ¡Siempre está negra de gente que baja ó sube, como la del infierno de gente que baja!» Vino la guerra civil de los siete años, y ocupado el convento por tirios ó troyanos, los capuchinos consintieron vivir en los camarotes ántes de abandonar lo que tanto les habia costado. Aun de allí los echaron, y todo concluyó prendiendo fuego los carlistas al convento y la iglesia, para que los isabelinos no volvieran á fortificarse allí.

Contándome Francisco (que tenía, cuando ménos, nociones de todo) esta curiosa historia, subimos las ya tristes y abandonadas escaleras de Capuchinos.

## XXIV.

MARI-ROSA.

Cuando subimos á la planicie, nos detuvimos á contemplar la llanura de Deusto, que aunque no grande, es preciosa en todos conceptos. Hace poco más de dos siglos aquella llanura era infructífera y aún malsana junquera adonde penetraban las aguas del mar, particularmente en las mareas vivas. Con la construccion de



los muelles y otras obras se la sanó, y hoy aquel terreno, cuya mayor extension no llega á una legua, produce á sus dueños y cultivadores más que otros del interior de España de veinte ó treinta leguas y no de los de peor calidad. Destinado casi todo él á huertas y jardines, admirablemente cultivado, abundante de árboles frutales y salpicado de casas de labranza y de recreo, mirado desde la altura parece jardin amenísimo del que cuesta trabajo separar la vista.

Los viñedos, cuya exposicion al Mediodía y buen cultivo benefician mucho sus productos, comienzan donde comienza á elevarse el terreno, y no terminan hasta la cima de la montaña, como que casi tocando con el ya histórico y célebre pináculo de Banderas, hay, en terreno casi vertical, una viña tan grande y fértil, que un año, cuando estaba en toda su lleva, dió dos mil cántaras de chacolí blanco superior, cuya mayor parte se exportó á América embotellado y se vendió con mucha estimacion.

En las huertas de las casas arrimadas á la montaña andaban, hablaban, reian y loqueaban hombres, mujeres y niños.

— Lo que es el señor cura, creo que es D. Francisco, dijo una voz que nos pareció la de Leandro.

— Véte á ver si lo es, le contestó una voz de mujer, que Francisco conoció, y en ese caso dile si se nos van á escapar sin venir por acá él y el caballero que le acompaña.

Inmediatamente vimos á un jóven atravesar la huerta, saltar la tapia y dirigirse hácia nosotros.

En efecto, aquel jóven era Leandro, que nos dijo despues de saludarnos :

— Mi tia Mari-Rosa dice que tendrá un gran sentimiento si VV. no dan algunos pasos más para probar el chocolate de su despensa, que es bueno, el agua de Goyerri, que es fresca y clara, y la fruta de su huerta, que es exquisita.

— Estos señores poetas, contestó Francisco echándose á reir benévolamente, todo lo han de embellecer, por no decir falsificar.

— Señor D. Francisco, replicó Leandro con alguna timidez, me parece que ha hecho V. bien en decir embellecer y no falsificar; y si no, apelo á la opinion de D. Antonio.

— Tiene razon Leandro; el poeta embellece y no falsifica : el que falsifica no es poeta ni cosa que se le parezca. Leandro, que lo es, no ha hecho más que adornar y dar fuerza de expresion á las palabras de su tia, que la brisa del Noroeste habia traido hasta nosotros, y embellecerlas sin desnaturalizar la intencion y el carácter de la que las habia pronunciado.

— Eso es verdad, dijo Francisco, y tambien lo es que yo hago muy mal en entablar pleitos contra abogados como vosotros. Los poetas son los artistas de la palabra.....

— Y del pensamiento.

— Eso iba yo á añadir. Pero dejémonos de discusiones, que va siendo tarde, y doña Mari-Rosa no es una suave matita de albahaca como doña Mari-Santa.

Echamos á andar, y como yo dirigiese la atencion á



aquella casa adonde habia dirigido el anteojo desde el balcón de Leandro, éste me miró sonriéndose con algun ruborcillo.

La casa en cuestion estaba más arriba de la de Mari-Rosa. Á un lado de la ventana donde yo habia sorprendido una carita sonrosada tras unos anteojos gemelos, habia un hermoso tiesto de albahaca, cuya mata no era completamente redonda, porque por un costado le habian tirado algunos repelones. Reparando en esto despues de haber visto que Leandro llevaba en el ojal de la solapa de la levita un ramito de albahaca fresca colocado con mucho mimo, volví á sonreirme, pensando en las inocentes delicias que encontramos en la adolescencia en un sencillo clavel ó un ramito de albahaca, recibido de una mano amada, y quizá besado de unos labios que nos sonrien siempre amorosamente, y acaso besan á su vez, cuando nadie lo ve, la flor ó el ramito con que hemos correspondido á aquella fineza.

Doña Mari-Rosa, una jovencita como de diez y seis años y unos niños salieron á nuestro encuentro á la portalada de la casa donde habia varias cubas recién desocupadas, de las que se exhalaba el aroma especial del mosto y el un tanto acre del tanino que se adhiere al interior de las cubas de vino nuevo. Aroma muy parecido á éste venía del interior de la casa.

Las gentes de muchas comarcas del interior de España apenas comprenderán cómo en las aldeas se pueden encontrar, no ya residiendo allí provisionalmente, si no con residencia fija, familias finas, familias de las que llamamos decentes, familias de las que no se dedican al

trabajo material, y es porque en gran parte del interior de España tales familias sólo viven en las grandes poblaciones, y en las pequeñas sólo se encuentra gente rústica, aparte del cura, el médico ó cirujano y el maestro de escuela, funcionarios, particularmente estos dos últimos, que no en todos los pueblos hay y que, al ménos en lo exterior, no exceden mucho en finura al resto del vecindario. En el litoral cantábrico, y particularmente en las provincias del Este, no sucede esto, pues en todas las aldeas tienen casa y residencia fija familias decentes, cuya educacion y traje no se diferencian de los de la gente fina de las ciudades y villas populosas. Bajando conmigo á las Encartaciones un artesano burgalés que sólo conocia los pueblos de aquella parte de Castilla la Vieja, vió que se dirigia á la romería de San Miguel de Zalla una cabalgata de mas de veinte señoras y caballeros, unas y otros vestidos con mucha elegancia y gusto. — ¿Qué pueblo grande y rico hay por aquí? me preguntó el burgalés. — Ninguno, le contesté. — ¿Pues de dónde es todo ese señorío? — De una de las aldeas inmediatas. El burgalés se encogió de hombros como diciendo: «no lo entiendo.»

Yo creo que es un bien el que tengan residencia fija en los pueblos esencialmente rurales familias finas, porque su trato cultiva y suaviza el entendimiento y las costumbres de la gente rústica. Por desdicha y por causas que sería prolijo explicar, cada vez es mayor la tendencia á centralizarse en los pueblos grandes la poblacion culta y acomodada de los pequeños.

Doña Mari-Rosa, físicamente considerada, en nada se



parecía á su hermana: era algo más jóven que ésta, era rubia, sonrosada y hermosa, y su traje y compostura general no tenían la sencillez del traje y compostura de doña Mari-Santa, aunque sí mayores pretensiones de riqueza y elegancia. Hay personas que agradan como si fueran hermosas, y las hay hermosas que desagradan como si fueran feas. En este caso se hallaban Mari-Santa y Mari-Rosa. Así como D. Juan el de Gorostiza me había preguntado, ó cuando ménos había querido preguntarme: «¿No le parece á V. hermosa esta fea que Dios me ha dado por mujer?» D. Pedro el de Aurrecoechea podía preguntarme: «¿No le parece á V. fea esta hermosa que por mujer me ha dado Dios?»

Saludámonos, y Leandro dijo á su tia y la jovencita quién era yo, en el concepto de que ya les había hablado mucho de mí.

La jovencita se puso colorada y bajó los ojos, lo que inmediatamente confirmó mi sospecha de que fuese la musa de Leandro, y la sospecha tuvo plena confirmación cuando la oí llamar madrina á doña Mari-Rosa.

—Temí, nos dijo ésta con la irónica sonrisa que le era habitual, que se nos escapáran VV. sin llegar hasta acá á pesar de que estaban tan cerca.

—Tan no pensábamos en tal cosa, contestó Francisco, que sin más objeto que el de saludar á VV. habíamos subido á Aurrecoechea.

—No debemos extrañar los de Aurrecoechea que para nosotros se vendan VV. más caros que para los de Gorostiza, pues la venida á aquí es cuesta arriba y la ida á allí es cuesta abajo, ó cuando ménos llana.

—Pues á mí, dijo Leandro candorosamente, no me fatiga la cuesta de Aurrecoechea porque subo pensando en lo que voy á gozar en llegando á arriba.....

—Con las hermosas vistas que arriba encuentras, añadió interrumpiéndole su tia maliciosa y placenteramente, poniendo la mano en el hombro de Rosita.

Rosita no comprendió lo que su madrina queria decir, pero sí lo comprendimos nosotros, y hasta el mismo Leandro que se rió de su propia sencillez y la malicia de su tia.

Un entierro que bajaba de Berriz asomó en aquel instante por el *torno* ó revuelta que hace el camino ántes de llegar á la fuente que está en una cañadita un poco más arriba de Aurrecoechea.

Acompañaban al féretro el clero de Deusto y gran número de vecinos de ambos sexos de las caserías esparcidas por aquellas laderas, y aún de las de Becoerri.

Todos guardamos silencio, incluso los chicos que andaban por allí corriendo y alborotando, y Francisco rezó un responso en que le acompañamos todos.

## XXV.

## ROSITA.

Cuando hubo pasado el entierro, D. Pedro que en compañía de un criado *envinatado* como él, había salido á la puerta al oír el canto fúnebre de los sacerdotes, vino á saludarnos. Ya, como es de suponer, habíamos preguntado por él á la señora que nos había contestado: